

La situación lingüística en el norte del Perú: una reconstrucción*

Matthias URBAN

Universität Tübingen (Tubinga, Alemania)
matthias.urban@uni-tuebingen.de

Código ORCID: 0000-0001-7633-7433

RESUMEN

Este trabajo intenta reconstruir la situación idiomática en la costa norte del Perú alrededor del primer contacto con los europeos. Las fuentes utilizadas incluyen testimonios tempranos en documentos europeos, la toponimia y datos lingüísticos propios. La reconstrucción que ofrezco difiere de algunos trabajos anteriores realizados sobre el tema. Algunos aspectos que subrayo son la imposibilidad de trazar deslindes lingüísticos claros en el antiguo Piura, el entrelazamiento lingüístico

* Traducción del capítulo «The linguistic situation in Northern Peru reconstituted» del libro *Lost Languages of the Peruvian North Coast* de Matthias Urban (Berlín: Ibero-Amerikanisches Institut, 2019), con permiso de la editorial. Traducción a cargo de Carlos Arrizabalaga.

entre costa y sierra como elemento definitorio del norte, la afirmación del Alto Piura como parte de la zona nuclear del mochica, y la naturaleza cándida y cuestionable de la alegación de una extensión del quingnam al sur hasta Lima.

PALABRAS CLAVE: *costa norte peruana, lenguas indígenas, geografía lingüística, toponimia*

The Linguistic Situation in Northern Peru Reconstituted

ABSTRACT

This contribution is an attempt to reconstruct the linguistic situation on the North Coast around the time of first European contact. The evidence taken into account includes early statements in European documents, toponymy, and linguistic data proper. The reconstruction I offer differs in some respects from that of earlier work. Aspects which I emphasize include the impossibility to draw clear linguistic boundaries in ancient Piura, the linguistic entwinement between coast and highlands as a defining feature of the north, the recognition of the Upper Piura valley as part of the core zone of the Mochica language, and the naïve, questionable nature of the assumption that Quingnam was ever spoken to the south as far as Lima.

KEYWORDS: *Peruvian north coast, indigenous languages, linguistic geography, toponymy*

EL OBJETIVO DE ESTE TRABAJO es reconstruir la situación idiomática en la costa norte del Perú, tal como cabe suponer que era a los inicios de la colonización española. Esto implica identificar cuántos lenguajes diferentes se hablaron en la región y en qué partes se hablaron cada uno de ellos. Así como qué idiomas eran sus vecinos más próximos en el norte, en el sur y en la sierra hacia el oriente. Esta aproximación trata de afrontar dos caminos. En primer lugar, resumiré la información sobre los idiomas de la región que se presenta en

documentos de la época y, asimismo, trataré de presentar un estado de la cuestión sobre los estudios que se han realizado sobre este espacio hasta el momento. Entonces trataré de establecer las fronteras geográficas entre estos idiomas en la extensión que lo permite el estado actual de los estudios. Esta cuestión ha sido relativamente poco explorada, excepto en el caso de las delimitaciones entre el mochica y el quingnam. Se concluye que, probablemente, una exploración más sistemática de los registros toponímicos podría aportar respuestas más concluyentes a la cuestión. Pero, igualmente, este registro es todo menos claro. En consecuencia, los esclarecimientos que puedo hacer son todavía preliminares.

Un aspecto para tomar en cuenta es el de los posibles efectos de los *mitimaes* o las prácticas de complementariedad vertical en el paisaje lingüístico. Así, individuos que fueron trasladados a regiones extrañas optarían por conservar sus idiomas.¹ Si esta situación se mantuvo un tiempo suficiente sin cambios significativos, podría haberse producido un mosaico lingüístico caracterizado por un prolongado y continuado bilingüismo. Esto quiere decir que zonas en las que predomina un idioma pueden verse marcadas con pequeños islotes de población con una diferente filiación (etno)lingüística; o bien, por otro lado, que zonas lingüísticas no tienen fronteras nítidas, sino que se solapan de manera difusa, y que dentro de estas zonas grupos de diferentes afiliaciones idiomáticas conviven y trabajan muy cerca unos de otros.²

1 Para una discusión sobre la relación entre lenguaje, territorio y etnicidad en los Andes centrales y sureños, véase Mannheim (1991, pp. 49-53).

2 Este escenario intenta tomar en cuenta la ecología sociolingüística de los Andes. Sin embargo, la utilización de conceptos como islotes lingüísticos y bloques contiguos dominados por idiomas disímiles implica que los individuos están vinculados con un solo idioma principal, como en una versión idealizada de los Estados europeos del siglo XVIII. Sin embargo, eso no necesariamente fue así en el mundo andino antiguo. Y el uso del término «grupo etnolingüístico» indica que este idioma se correlaciona con su etnicidad, lo que es también una proyección de las condiciones europeas que se ha utilizado para interpretar la realidad

Como vamos a ver, la toponimia, que en el estado actual de los conocimientos no sugiere fronteras claras entre distintas áreas toponímicas netamente definidas en el espacio norteño, sería consistente con tal escenario. El mapa de la figura 1, que enmarca buena parte de la discusión que sigue, no muestra esta compleja conceptualización de las delimitaciones idiomáticas en los Andes de una manera clara.

del mundo andino (Mannheim, 1991). Añadido a eso, las prácticas socioculturales, económicas y políticas responsables de la dispersión del lenguaje en los Andes están empezando a tomarse en consideración de forma cada vez más consistente. Dado que dichas prácticas fueron operativas por un largo tiempo, no puede darse por sentado en absoluto que en 1532 los idiomas andinos ocuparan una distribución continua en un espacio geográfico definido. Una discusión más profunda de las problemáticas involucradas se plantea en Urban (2018, por aparecer).

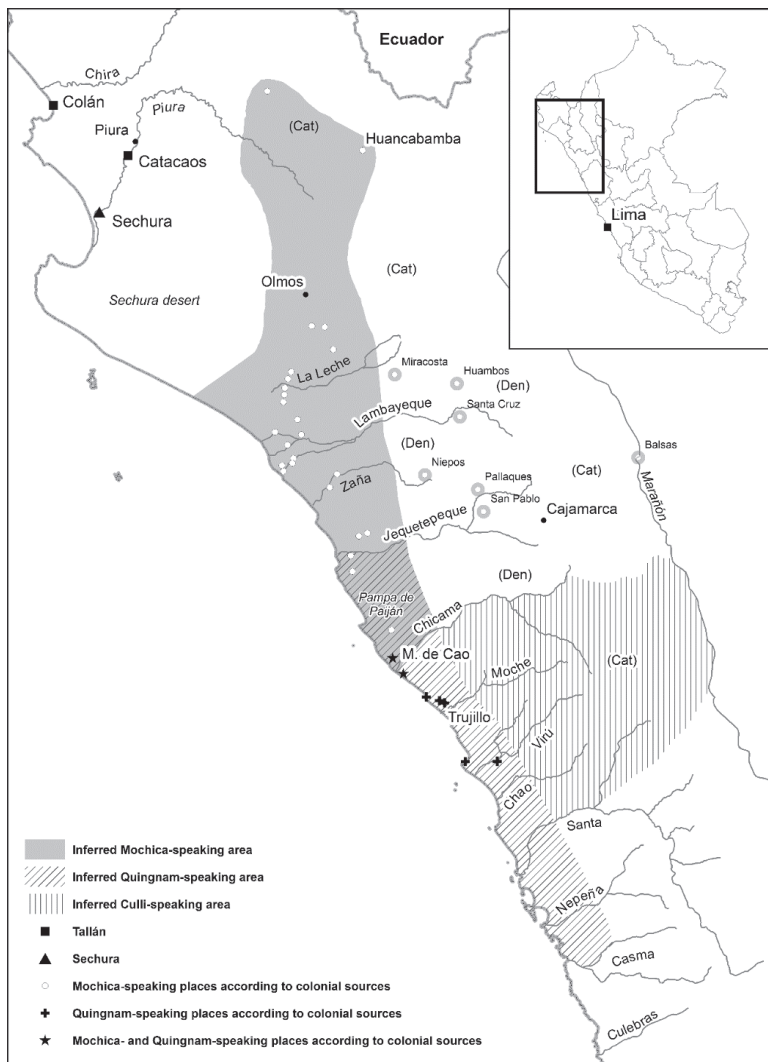


FIGURA 1. Los idiomas de la costa norte y las tierras altas adyacentes. Mapa de Arjan Mossel, basado en Torero (1986, 1989), Cerrón-Palomino (1995) y adaptado de acuerdo con los aportes del presente estudio.

REFERENCIAS COLONIALES A LOS IDIOMAS DE LA COSTA NORTE DEL PERÚ

Los documentos coloniales que hacen referencia a los idiomas hablados en la costa norperuana han sido evaluados por Ramos (1950), Torero (1986), Cerrón-Palomino (2004a) y Netherly (2009), de modo que la diversidad lingüística de la región en ese espacio de tiempo puede ser reconocida con relativa facilidad.

El cronista Agustín de Zárate (1968, p. 10r) proporciona un temprano informe al respecto. Distingue tres idiomas indígenas en la costa norte: el yunga, el mochica y el tallán, sin indicar bien dónde se hablaban:

Diuidense en tres generos todos los Indios destes llanos porque a vnos llaman Yungas, y a otros Tallanes y a otros Mochicas en cada provincia ay diferente lenguaje, caso que los Caciques y principales y gente noble, de mas dela lēgua propia de su tierra saben y hablan entre si todos vna mesma lengua, que es la del Cusco.

En 1571, la *Relación de la ciudad de Sant Miguel de Piura* (Jiménez de la Espada, 1965, pp. 33-45), cuya autoría la atribuyen a Salinas de Loyola Ramos (1950, p. 14, n. 10) y Cerrón-Palomino (2004, p. 83), es un poco más explícita. Describe la jurisdicción de la ciudad de San Miguel, la más temprana fundación española en el territorio de lo que es el actual Perú. Tres grupos indígenas se distinguen en Piura. Sus idiomas, según puntualiza el documento, no eran mutuamente inteligibles, pero había muchos que hablaban dos lenguas y podían servir de intérpretes:

En términos de la dicha ciudad hay tres naciones de naturales diferentes en la habla y en los nombres [...] Y cada una de las dichas naciones tenía sus provincias por sí y territorios y límites conocidos y señalados [...] Y cada una de las dichas provincias de naturales tenía su lengua diferente de las otras y que no se podían entender sin intérpretes, que como contrataban unos con otros, había muchos que se entendían.³

3 Jiménez de la Espada (1965, pp. 41-42).

El autor de la *Relación* establece, por otro lado, que los límites de Piura se extendían treinta leguas hacia el sur y al norte, y más de veinte hacia el este (Jiménez de la Espada, 1965, p. 42). Desafortunadamente, es muy difícil precisar qué se entendía exactamente por una legua, ya que la distancia que se asignaba a esa unidad de medida variaba. Incluso si uno asume para este autor una estimación conservadora de unos tres kilómetros la legua, los límites de Piura habrían abarcado, según esta interpretación, hasta la bahía de Sechura en el sur y hasta Máncora, en el norte.⁴

Casi cien años después, en 1651, el obispo de Trujillo envió una carta a sus superiores en la que, entre otras cosas, informa sobre la diversidad lingüística de la diócesis:

[...] si en este obispado de Truxillo fuera necesario cathedrático, avía de aver sinco por la diversidad de lenguas, uno para la lengua general del Inga para la sierra, y otro para el pueblo de Olmos que tiene lengua particular, y otro para Sechura, que tiene otra lengua; y otro para Catacaos y Paita que hablan diferente lengua; y otro para los demás pueblos que llaman de los valles, donde se habla una lengua que llaman la Mochica.⁵

Basándose en este testimonio, Cerrón-Palomino (2004, p. 84) identifica los tres idiomas hablados en Piura que mencionaba la relación como el sechura, el tallán (para Catacaos y Paita) y una tercera,

4 Un documento más que subraya la diversidad idiomática como oposición a la unidad es la descripción geográfica de Piura, de finales del siglo XVIII, en la que José Ignacio Lecuanda (1861 [1793], p. 186) señala: «Por lo que hace a sus idiomas, se observa una variedad digna ciertamente de admiración. Los mas de los pueblos, aunque sean confinantes ó cercanos, tienen su diferente lenguaje, guturación y distinciones, que aun los que no los entienden, los conocen al oírles hablar».

5 Rostworowski (1989, p. 270). Los términos *lengua general* y *lengua particular* son tecnicismos propios del contexto de la administración colonial: *lenguas generales* eran aquellas lenguas de amplia extensión geográfica que eran seleccionadas por los españoles como importantes vehículos de evangelización, mientras que bajo el concepto de *lenguas particulares* se entendían aquellos idiomas de relativamente menor importancia para esos propósitos.

hasta entonces no mencionada en ningún documento, que se hablaba en Olmos. Las peculiaridades de la población de Olmos (véase figura 1) es también mencionada por Cabello Valboa (2011 [1586], p. 393) y por Calancha (1638). Este último afirma:

[...] los demas valles de los llanos ablavan la lengua Muchic que oy conservan asta Motupe, i otra que llaman Sec, y la de los Olmos mudan letras i finales, si bien cada pueblo, i aun cada familia tiene lengua propria, o vocablos diferentes.⁶

En cualquier caso, es evidente que el idioma «sec» que menciona Calancha no es otro que la lengua de Sechura.

Para una comprensión más precisa de la geografía lingüística de la costa norte, sin embargo, resulta crucial un documento anónimo del siglo XVII dado a conocer por Ramos (1950, pp. 53-55).⁷ El documento es algo impreciso respecto a los idiomas de Piura, para los cuales parece haber un consenso en torno a que no se hablan ni se encuentran en ningún otro lugar del Perú. Aquí, otras referencias como las ya mencionadas deberían servir de apoyo. Pese a su limitada utilidad respecto a la zona de Piura, el documento aporta una lista de los idiomas hablados en otros lugares del norte del Perú junto con los nombres de las localidades donde se hablaban, así como los españoles capaces de hablarlas. Usando una ortografía moderna para los nombres de las localidades, el documento menciona el mochica para San Pedro de Lloc, Jequetepeque, Guadalupe, Pueblo Nuevo, Mocupe, Reque, Monsefú, Callanca, Chiclayo, San Miguel de Farcapa, que se encontraba junto a Chiclayo (Netherly, 2009, p. 131), Lambayeque, Ferreñafe, Mochumí, Íllimo, Túcume, Motupe, Jayanca y Pacora; el lenguaje mochica o quichua en Chocope y Paján; y la lengua pescado-

6 Calancha (1638, p. 550).

7 Netherly (2009, p. 131) ajusta la datación del documento en torno a 1631 o 1632.

ra al sur del mochica, concretamente en Guañape, Virú, San Esteban (que hace referencia a una parroquia de Trujillo según Netherly, 2009, p. 131), Mansiche, Huanchaco, Santiago de Cao y Magdalena de Cao (figura 1).

Aparte de la obvia confusión de mochica con quechua en una instancia crítica, el documento generalmente es considerado fidedigno respecto a la situación lingüística de la costa norte al sur del desierto de Sechura. La lengua pescadora aludida en el documento, aparentemente hablada mayoritariamente al sur del mochica, es mencionada en otras fuentes tempranas también, pero hay frecuentes confusiones. Toribio de Mogrovejo (2006, pp. 52-53), el arzobispo de Lima que emprendió tres largos viajes pastorales a lo largo de su diócesis entre 1593 y 1605, ubica la lengua pescadora en Santiago y Magdalena de Cao (de hecho, para Magdalena de Cao habla de «lenguas pescadoras» en plural). De una forma algo confusa, Mogrovejo (2006, p. 48) reporta la lengua pescadora, o más precisamente la «yunga pescadora», también en Eten, el último refugio del mochica, el vecino norteño del quingnam. ¿Sería posible que las hubiera confundido (Salas, 2010 p. 91) simplemente? Merece la pena mencionar el caso porque muestra las dificultades que encuentra uno cuando trata de buscar las correspondencias entre los diferentes registros coloniales.⁸ Del mismo modo, Lizárraga (1968 [1605], p. 13) reporta ambos: mochica y pescadora, en el valle de Chicama, indicando una zona de superposición entre las dos. Nos detendremos más adelante sobre este asunto.

Las localidades mochica-hablantes mencionadas en el documento de Ramos (1950) corresponden bastante bien con lo referido, en esa misma época, por Fernando de la Carrera (1644) en su gramática de la lengua. Carrera además provee una información más profusa.

8 Varias de las anotaciones de Mogrovejo no han sido bien aclaradas. Menciona el mochica solamente en Lambayeque y por otro lado habla con frecuencia del idioma yunga, para referirse tanto a lugares del norte como de la costa central.

En su listado menciona los pueblos de Santa Cruz, Niepos y el valle alto de Saña, San Miguel en la Sierra —sería, según Torero (1986, p. 539), el actual San Miguel de Pallaques—, San Pablo y Cachén —el actual Miracosta (Torero, 1986, p. 539)— como municipios en las provincias serranas de Cajamarca y Chota, donde se hablaba también mochica (se ha actualizado la ortografía de las localidades aludidas; véase figura 1).⁹ No se hace referencia a ninguna población en el valle alto de Chicama. En contrapartida, Carrera describe como mochica-hablantes el valle de Condebamba, Huambos (provincia de Chota) y «la doctrina de las valsas del Marañón», que puede identificarse fácilmente con la moderna población de Balsas en el departamento de Amazonas (figura 1). La conexión lingüística entre la costa y el valle del Marañón se reitera en los diarios de Mogrovejo (2006 [1593-1605]). Ciertamente, en su descripción de la situación idiomática del valle del Marañón reitera algunas de estas mismas designaciones empleadas para las áreas costeñas (Adelaar, 2014). En el caso del término «yunga» este hecho se lo puede explicar desde su significado original en la lengua quechua, donde significa, justamente, «zona de clima cálido», como lo son ambas regiones. Sin embargo, para los *buchos* de Mitopampa, Mogrovejo (2006 [1593-1605], p. 115) reporta que la población indígena habla «la lengua de los llanos», lo que no tendría sentido en las escarpadas laderas del valle del Marañón si no implicara una relación o una continuidad lingüística con la costa (en

9 Rostworowski (1985) llega a la misma conclusión analizando los antropónimos registrados en una información de Cajamarca fechada en 1571. La metodología que ella emplea podría calificarse de ingenua. Señala la presencia de la letra <ɸ> en mochica y en otros idiomas costeños y su ausencia en los de las tierras altas, y así infiere que hablantes de una lengua costeña, específicamente el mochica, debió haber estado presente en Cajamarca en los tempranos tiempos coloniales. Aparte de las falencias metodológicas la conclusión es correcta, lo cual se demuestra entre otras cosas por la frecuencia de la secuencia final <-eɸ> en nombres de persona de Cajamarca, que puede fácilmente identificarse con el término mochica para ‘padre’.

particular, respecto al mochica, que es comúnmente referida como la «lengua de los llanos» en los escritos de Mogrovejo).

Carrera (1644) atribuye la presencia del mochica en las tierras altas por los desplazamientos forzados (*mitimaes*) de poblaciones costeras a distintos lugares de la sierra por orden del inca. En verdad, las localidades señaladas son mencionadas por los registros etnohistóricos como reductos de población originaria de la costa norte. Así lo muestran, por ejemplo, los estudios respecto a Balsas y Cajamarca, respectivamente, de Espinoza (1969-1970) y Zevallos (1995).¹⁰ Es también conocido por las fuentes etnohistóricas que el señorío costeño de Túcume todavía explotaba, en torno a 1540, diversas tierras en Huambos, en la región de Cajamarca, así como Saña tenía presencia cerca de Niepos (Ramírez-Horton, 1982, pp. 126-127). Pues, la presencia del mochica en las serranías norperuanas no necesariamente pudo ser resultado de reasentamientos forzados por mandato del inca, con el consabido propósito del control político de la región, sino que pudo muy bien haberse motivado parcialmente por intereses económicos de los señoríos locales y promovido en la práctica para la obtención de recursos de esos lugares, en cuyo caso hubieran podido ser anteriores a la invasión de los incas.¹¹

Añadido a eso, el mochica tuvo una fuerte presencia en la parte alta del valle de Piura: Carrera (1644) menciona como mochica-hablantes los asentamientos de Copis y Salas, cerca de Olmos y Penachí, respectivamente, además de Huancabamba y Frías. La toponimia local (como el caso de Morropón, literalmente ‘roca de la iguana’) también da un testimonio claro de la presencia del mochica en esta

10 Más referencias en Church y Hagen (2008, p. 916).

11 De hecho, la presencia de gentes de la costa norte evidenciada por antropónimos que presentan el sonido <ɸ>, así como la constancia de que compartían recursos y particularidades respecto a variaciones estilísticas en los ceramios de ceja de selva en Cajamarca, permite inferir diferencias económicas entre el norte y el centro-norte de la costa (Topic, 2013, p. 345).

área. Al respecto, la distribución de topónimos que presentan el componente final *-nique*, derivado del mochica <nech>, ‘río’, de acuerdo con Torero (1986, p. 54), o sea derivado del locativo <-nic>, según Salas (2010, p. 107), refleja la conexión del Alto Piura con Lambayeque y el corazón de la región mochica, como se muestra en la figura 2. La evidencia sugiere una continuidad de habla mochica en una zona que se extiende desde la margen oriental del desierto de Sechura hasta el Alto Piura.



FIGURA 2. Toponimia que presenta el elemento *-nique* en la costa norte peruana. Imagen de dominio público del servicio GEOnet de la Agencia Nacional de Inteligencia Geoespacial de los Estados Unidos.

No es del todo clara la explicación de Carrera (1644) respecto a que la expansión de la lengua mochica fuera a causa de los incas. ¿Se refiere solamente a los hablantes de mochica del valle de Condebamba, que son mencionados en el texto inmediatamente antes, los que habrían sido mitimaes forzados a desplazarse hasta ese lejano lugar o quiso decir que lo fueron también los del Alto Piura y Cajamarca? Con el conocimiento adquirido respecto a las culturas antiguas de los Andes centrales, caracterizadas por una territorialidad discontinua (Ramírez-Horton, 1996; Rostworowski, 1999), sería prematuro atribuir la presencia del mochica en el Alto Piura y las serranías andinas solamente a un movimiento tardío de la población promovido bajo el dominio incaico, un punto ya señalado por María Rostworowski (1985).

Dichas localidades del Alto Piura y de Cajamarca no están consideradas como pertenecientes al «área de habla mochica» en el mapa de Cerrón-Palomino (1995, p. 30), aunque el autor, por otra parte, reconoce que el mochica se hablaba en esos lugares. Más bien, la zona de Santa Cruz, Niepos, San Miguel y San Pablo, en la sierra de Cajamarca, es considerada dentro de la extensión de la lengua culle. De cualquier modo, queda por aclarar si las poblaciones de la serranía cajamarquina, mencionadas por Carrera, habrían sido zonas aisladas dentro de un territorio cubierto mayoritariamente por poblaciones cullehablantes o si hubo alguna línea de continuidad de las zonas de lengua mochica, y asimismo si todo ello indicaba un espacio de prolongado bilingüismo. De ese modo, queda claro que el mochica no era un idioma restringido a la zona *chala*, un hecho que no ha sido apreciado convenientemente, aunque se menciona brevemente en Cerrón-Palomino (1995, p. 29) y en Adelaar (2004, p. 319).

Haciendo un resumen de las distinciones idiomáticas sobre la costa norte que se reflejan en la documentación evaluada, se pueden distinguir cinco lenguajes: la lengua de Colán y Catacaos (este idioma es llamado «tallán» en algunos documentos); otra en Sechura; una tercera en Olmos, en lo que fue el corregimiento de Piura; la lengua

mochica en Lambayeque, La Libertad y el Alto Piura; y finalmente la lengua pescadora al sur de esta última.

La situación se complica notablemente por la referencia a un idioma llamado «quingnam» en la crónica del padre Calancha (1638), en el mismo espacio donde otras fuentes, particularmente el obispo Mogrovejo, reportan la pescadora. Según Calancha (1638, p. 550), el quingnam se hablaba en el primer tercio del siglo XVII en «los valles de Trujillo». Ese plural indica claramente que ello involucra no solamente el valle del río Moche, donde se ubica actualmente la ciudad de Trujillo, sino una extensión bastante mayor. En efecto, Calancha (1638, p. 606) añade luego que el quingnam se hablaba igualmente en San Pedro de Lloc y en Jequetepeque. Esto es bastante más al norte donde otros reportan la ubicación de la lengua pescadora.

Aparentemente el quingnam y la pescadora eran idiomas no solo cercanos geográficamente: cuando habla sobre la lengua pescadora en relación al quingnam, Calancha (1638, p. 606) afirma que básicamente se trataría del mismo idioma, aunque la pescadora era más «gutural».¹² Basándose en este documento se ha propuesto que la lengua pescadora era un dialecto hablado por los pescadores, lo que corresponde con los aportes de la etnografía referidos a la división de las sociedades costeñas en función al trabajo (Rostworowski, 1981, p. 99), o un sociolecto a través del cual los pescadores deliberadamente establecieron su identidad social (Rabinowitz, 1983, p. 261), mediante lo que se ha denominado la «manipulación léxica» (Mous, 2003). La interpretación por la que la lengua pescadora pudo ser solo una variedad diferente del

12 «La pescadora es en lo general la misma, pero usa más de lo gutural» (Calancha, 1638, p. 606). A partir de la anterior mención del mochica, esta fuente es algo confusa respecto a cuál lenguaje resulta similar a la pescadora: ¿son el mochica y el quingnam o solamente alude a este último? Esta es la fuente de donde Rivet (1949, p. 9) planteó una supuesta identificación entre el mochica y el quingnam, opinión que en la actualidad parece descartada.

quingnam es también considerada por varios lingüistas (Rivet, 1949, p. 10; Torero, 1986, p. 541; Cerrón-Palomino, 2004, p. 86). Salas (2010, p. 100) va más allá e identifica pescadora y quingnam como una sola lengua, arguyendo que esas designaciones serían meros sinónimos. En cualquier caso, el comentario accidental de Calancha sobre el carácter gutural de la pescadora junto a la cercanía del quingnam y el especial estatus de los pescadores en la costa norte del Perú parece ser, en ausencia de documentación propiamente lingüística, una base muy débil para postular un sociolecto realmente reconocible.¹³ Por lo menos, hay un consenso general de que existe una relación estrecha, si no una identidad total o una variación dialectal, entre lengua pescadora e idioma quingnam, por lo que las localidades más septentrionales donde se habló el quingnam (o su variedad pescadora, si es que existió como tal) habrían sido San Pedro de Lloc y Jequetepeque.

FRONTERAS LINGÜÍSTICAS EN LA COSTA

TALLÁN

Es evidente que el idioma tallán se habló en dos localidades en tiempos virreinales, que fueron las poblaciones de Colán y Catacaos, cuyos nombres aparecen para denominar los idiomas mencionados en la fuente principal que disponemos, la tabla de vocabulario de Martínez Compañón (1985 [1782-1790]). Justamente, el mapa de Torero (1986, p. 529) muestra las regiones en torno a las respectivas localidades como las áreas de extensión de la lengua tallán. En su discusión acerca de la delimitación de los lenguajes, Torero (1986, p. 543) señala

13 Rostworowski (1989, p. 179) va todavía más lejos y pondera que el sechura, hablado por pobladores dedicados a la pesca y al comercio de pescado salado, pudiera haber sido también una jerga profesional o lengua franca, en analogía a lo que había sugerido acerca de la lengua pescadora.

que el tallán habría ocupado la región del valle del Chira hasta su desembocadura en la bahía de Colán y todo el Medio Piura. Por supuesto, es razonable asumir que esos idiomas se hablaron no solamente en las localidades que sirvieron para denominarlos, pero Torero no aporta ninguna evidencia para justificar esta afirmación.¹⁴ Arrizabalaga (2008) señala que la atención que puso el sínodo de Quito, a fines del siglo XVI, para encargar la traducción del catecismo a las lenguas tallanes demuestra que tuvieron cierta consideración de importancia a efectos de la evangelización; claro que, por supuesto, en una medida bastante menor que, diríamos, el quechua o el aimara. De aquí se puede concluir que tuvieron alguna importancia regional en esa época, por lo que presumiblemente cubrían un área más extensa y tuvieron un número mayor de hablantes que las lenguas de Sechura y de Olmos, que no fueron mencionadas en el sínodo quiteño.

Un detallado análisis de la distribución de los topónimos debería aportar claridad a una delimitación más precisa de los idiomas norteños. Hay que reconocer, al respecto, que el perfil toponímico del tallán no es tan fácilmente reconocible como, por ejemplo, el de la lengua culle (Adelaar, 1988; Torero, 1989). Los topónimos con la terminación en *-ará* / *-alá* son frecuentes en la región donde se hablaba tallán en épocas históricas (véase, por ejemplo, Narihualá, Tangará, Simbilá, Cucungurá). Sin embargo, la distribución de este elemento toponímico es más extensa. Yanchalá es un caserío en las alturas de Ayabaca y topónimos que presentan esas terminaciones pueden hallarse en Ecuador, tanto en la costa como en las tierras altas (Machala, Macará). Añadido a ello, ya en 1572, Bernardino de Loayza mencionó la población de Muñiquilá en la jurisdicción de Sechura (Huertas, 1996, p. 132), y Brüning (1989 [1922], p. 59) reporta las tierras de

14 Torero se refiere a una presentación de 1984 que no fue publicada como fuente del mapa. Si acaso dicha presentación incluía evidencia para mostrar la extensión de los idiomas en este espacio norteño, los lectores de Torero (1986) no tienen forma de comprobarlo.

Chapalá cerca de Olmos. Es interesante que el elemento inicial en *-ará* / *-alá* es frecuentemente disílabo o incluso trisílabo, en contraste con la forma usualmente monosílaba que se antepone a topónimos con la terminación *-ura* / *-ora*, que también se presenta en áreas tanto de lengua tallán como de lengua sechura (por ejemplo: Piura, Sechura, Pisura, Máncora, etc.).¹⁵

Así, la delimitación de las lenguas tallanes sigue siendo actualmente pobremente definida. De acuerdo con Bruhns (1994, p. 281), probablemente «dos famosos navegantes que comerciaban desde Tumbes [...] fueron realmente ecuatorianos», debido a que Tumbes, al menos en los tiempos históricos, «fue en su mayoría una población cañar». ¹⁶ Si este fuera el caso, entonces los límites lingüísticos habrían alcanzado, probablemente, algún punto al sur de Tumbes y al norte de Colán. Por otro lado, Netherly (1994, p. 139) especula que un idioma vinculado con el tallán pudo haber servido como lengua franca en la región del golfo de Guayaquil. La cuestión todavía no se ha resuelto y, si no aparece algún registro o información nueva en documentos de interés etnohistórico, solo un análisis detallado de la toponimia mediante un análisis informático de geostatística espacial podría ofrecer algún avance.

15 De acuerdo con Vega (1993, p. 184), el cronista Martín de Murúa proporciona una etimología de uno de los topónimos: Tangarará, el lugar donde se dio el primer asentamiento español en el Perú, se afirma que literalmente significa ‘ribera de diosa’. Sin embargo, en realidad el manuscrito dice ‘ribera de Chira’ (Arrizabalaga, 2023, pp. 23-24), así que el topónimo no ofrece en realidad ningún dato etimológico. En cualquier caso, por la misma falta de datos, ni siquiera los elementos de este topónimo lo vinculan con seguridad con la lengua tallán. Ramos (1950) considera que las formas <lá>, <rá>, <ná>, <gá> estarían relacionadas con el concepto ‘agua’, pero si bien son frecuentes en el espacio de Piura, dicho elemento parece derivarse del mochica.

16 «[...] the famous traders of Tumbes [...] were actually Ecuadorians [as Tumbes in historic times was] mainly a Cañari town».

SECHURA-TALLÁN

Como en el caso del tallán, los límites precisos del idioma hablado en Sechura son también borrosos. Sin embargo, se puede asegurar con cierta seguridad, que en los tempranos tiempos coloniales, Sechura tuvo un idioma de extensión muy limitada, porque sus vecinos tanto en el norte como en el sur son conocidos. Torero (1986, p. 543) especula que el sechura se hablaba en varios lugares de la bahía de Sechura y en los llanos adyacentes, incluyendo el Bajo Piura.

Justo como en el caso del tallán, no es fácil asignar topónimos a la lengua sechura con suficiente nivel de confianza como para inferir la extensión original del idioma, en contra de lo afirmado por Gustavo Solís (2009, p. 7). Algunos topónimos del sechura son reconocibles por la presencia mayor de consonantes en posición implosiva en la zona: —Indur, Chode (Ramos, 1950), Bapo (Huertas, 1999, p. 177)—, pero es un criterio demasiado débil para establecer con este único dato la delimitación del idioma.

Por otro lado, las áreas delimitadas por esas terminaciones son recurrentes a lo largo de la región norteña, atravesando áreas en las que diversos idiomas se han atestiguado históricamente. Las terminaciones frecuentes *-ura* / *-ora* ya aludidas son un ejemplo patente. Es muy común en la bahía de Sechura, con Nunura y Pisura como nombres de antiguas parcialidades (Huertas, 1995), y el propio nombre de Sechura como prueba. Pero también ocurre en el territorio de habla tallán, empezando por el nombre de Piura, así como lugares mucho más al norte como Máncora. Hay dos posibles explicaciones: la terminación podría derivar del idioma de Sechura, identificación que se apoya en la designación que hace Calancha para el idioma como «sec». Asumiendo que se produjo una palatización de la consonante, el nombre podría interpretarse como «el lugar donde se habla el sec» o «el lugar del pueblo sec», si el término fuese también un etnónimo. Esta interpretación implicaría que este idioma tuvo otrora una gran extensión por todo el norte. Ello se apoya también en el hecho de que la *Relación de la ciudad*

de *Sant Miguel de Piura* (Jiménez de la Espada, 1965, p. 33) asevera que Piura es su propio nombre y que no tiene significación, indicando que el término no era interpretable para la población local (que hablaba el idioma tallán). En cualquier caso, es igualmente posible asignar estos topónimos a algún otro idioma extinto que pudo hablarse en la región para desaparecer en tiempos prehistóricos.

El nombre Tumbes, por su parte, pudo pertenecer a un área toponímica identificada por Torero (1989, pp. 138-239) con la terminación característica en *-iz*. Nombres de lugar similares aparecen desde la región de La Libertad hasta Piura. Se muestra a lo largo de los valles occidentales de los Andes, puntualiza Torero, y aparece solo raramente en áreas de la costa, pero aquí se encuentra superpuesto al elemento mochica *-nique* (como en Cupisnique). Torero considera que debió existir un idioma que en una época lejana se extendió por una extensa región de la costa norte, pero que luego desapareció de la franja costeña.¹⁷

Una interesante distribución también se ofrece en la terminación *-ur*, que podría o no considerarse una variante de *-ura* / *-ora*. Topónimos que muestran este elemento se encuentran en el área del Alto Piura. De acuerdo con Ramos (1950), además de Pabur, Jambur y Cucur, que se ubican en esa región, se podrían considerar los nombres de lugares como Macurur, en Huancabamba, y Tur e Indur, en Sechura. Además, Saltur es una pequeña población cercana a Sipán, en la parte baja del río Chancay, en la región de Lambayeque.

Evidentemente, existen unos interesantes registros toponímicos en la región norteña, pero con la información disponible no son capaces de definir áreas consistentes, las cuales podrían delimitar zonas tallán y sechurahablantes, ni atribuir su filiación a ningún idioma en particular. Puede que todo ello sea indicativo a un extendido multi-

17 La continuidad lingüística entre las regiones de Tumbes y Sechura, en algún punto de tiempo de la prehistoria (cuando ese idioma *-iz* se habló), es también sugerido por el nombre del sitio arqueológico de Chusís, justo al norte de Sechura (Lanning, 1963, p. 141).

lingüismo costeño, en el que ningún idioma hubiera abarcado áreas dominantes. Un desafío para futuras investigaciones, en este sentido, sería establecer con mayor detalle la extensión y superposiciones que presentan las áreas toponímicas, incluyendo la que Torero (1989) designa como idioma *-is*. Para el estado actual de los conocimientos y por la dificultad de asignar con precisión topónimos a los lenguajes en la región norte, estos topónimos tampoco pueden contribuir al entendimiento de la estructura fonológica y fonotáctica del tallán y del sechura, como sí es factible para el culle (Adelaar, 1988).

Dado que un análisis de la toponimia sería un asunto para una mayor y más detallada investigación, la misma que no puedo ofrecer aquí, dejaremos el asunto para ocuparnos mejor del registro etnográfico. Lorenzo Huertas (2003, p. 160) asegura que el pueblo de pescadores de La Tortuga, aproximadamente a unos veinte kilómetros al sur de Paita, pertenecía a la parcialidad de Muñiquilá, que habría estado vinculada a la etnia sechura desde tiempos precolombinos. Más aún, Huertas (1995, pp. 249-252) documenta varias disputas territoriales entre la gente de Sechura y los de Catacaos. Por ejemplo, en 1777, Juan Francisco Chapilliquén salió a defender los derechos de Sechura a las tierras de San Clemente en contra de la pretensión de los de Catacaos, diciendo que los indios de Sechura habían siempre tenido posesión pacífica del lugar. San Clemente y Vice están situados a una longitud similar, y los nombres de ambas poblaciones indican una fuerte presencia de la lengua sechura (Huertas, 2003, pp. 194-196). Se encuentran muy cerca del actual límite entre las provincias de Sechura y Piura, a unos veinte kilómetros al norte de Sechura y treinta kilómetros al sur de Piura. Si damos por cierta la lejana información notarial, las fronteras entre los idiomas tallán y sechura, si tal separación puede definirse como tal, habría seguido una línea a lo largo de La Tortuga, Vice y San Clemente.

Ello es asimismo consistente con la ubicación que tenían las poblaciones de donde se han obtenido registros de las lenguas tallán y

sechura históricamente. También es consistente con la variación que recibió el nombre de un afluente del río Piura, que en los primeros registros figura como <Dipatera>, <Diapatera> o <Yapatera> (Elías Lequernaqué, 2007, p. 147). Esto podría atribuirse a que el topónimo habría tenido un origen tallán, ya que el vocabulario registrado por el obispo Martínez Compañón (1985 [1782-1790]) utiliza el dígrafo <dl> en algunos términos de la lengua de Colán, que parece estar presente en el nombre del río y que se ve reflejado en la inseguridad de los escribanos acerca de su representación. Con ello, podría establecerse que la zona al norte de la línea La Tortuga, Vice y San Clemente, es decir, el valle medio y alto del río Piura, corresponde a la extensión de la lengua tallán al inicio del periodo virreinal.

SECHURA, MOCHICA Y EL PROBLEMA DE OLMOS

En una primera exploración, la delimitación entre la lengua de Sechura y el mochica parece resuelto de antemano, ya que el desierto de Sechura formaría una frontera natural que divide las dos comunidades lingüísticas de norte a sur.

El panorama se complica por la confusa situación de Olmos, localizado al norte de Motupe en el cuadrante suroriental del desierto. Olmos fue un lugar de paso para los viajeros a lo largo de la ruta costera que iba de Paita a Lima. Luego de la conquista se convirtió en un centro de aprovisionamiento para las mulas y su población se especializó en la profesión del arrieraje (Cook, 1981, p. 132). Adelaar y Muysken (2004, p. 400), basándose en un documento del siglo XVII publicado por Josefina Ramos (1950), en el que no se menciona otro idioma diferente en Piura, interpretan que ello sería evidencia de «la unidad lingüística entre Olmos y el área del tallán-sechura».¹⁸ A la luz de la numerosa documentación colonial referida a la situación lingüís-

18 «[...] the linguistic unity of Olmos and Sechura-Tallán» (Adelaar y Muysken, 2004, p. 400).

tica de Piura, en que se reitera más la diversidad y no tanto la homogeneidad del espacio norteño, parece sensato interpretar esta afirmación con precaución.

De hecho, el idioma de Olmos ha sido objeto de algunas consideraciones. Cerrón-Palomino (1995, p. 27) cree que se habría tratado seguramente de un dialecto del idioma de Sechura, con una fuerte influencia mochica. Este aserto, tal como se revisa en Urban (2015a), está basado principalmente en dos indicios o evidencias: primero, el vocabulario del telar de cintura recopilado por Brüning (1989 [1922], p. 72), que muestra similitudes evidentes tanto con el habla de sechura como el de mochica. La comparación de Brüning se muestra en la tabla 1:

TABLA 1. Vocabulario del telar

Mochica	Olmos	Sechura	Glosa
<tésgam>	<terlán>	<tasila> ¹⁹	telar en que se fija la urdimbre
<uño>	<silluque>	<sillique>	lacitos para cambiar la urdimbre
<quide>	<llagal>	<llacala> ²⁰	golpeador con el que se aprieta la trama

Como se puede ver, los términos recopilados por Brüning en Olmos muestran clara similitud con el mochica o con el sechura (con la salvedad de que no se tiene noticia de las circunstancias en las que Brüning recopiló esta información).

En segundo lugar, Cerrón-Palomino aduce un oscuro comentario de Calancha (1638, p. 550) respecto del idioma de Olmos en apoyo a la hipótesis de que fuera una variante del sechura mochicaizada. De acuerdo con Calancha, la población de Olmos modificaba los sonidos de las palabras, así que cada familia tenía una diferente manera de pronunciación. Esto se puede comparar con lo afirmado por Jorge

19 Huertas (1999, p. 149) y Ramos (1958, p. 28) registran este término como <tarrilla>.

20 Ramos (1958, p. 28) utiliza <yacala>.

Juan y Ulloa (1806 [1748], p. 13) respecto al habla de Sechura, según lo cual «no solo se distinguen en lo formal de la lengua, pero en el acento porque, además de prorrumpir las voces en un tono, como de canto triste, comen la mitad de las palabras finales, como si les faltase la respiración para concluir las». ²¹

Sin embargo, hay otros testimonios en las fuentes coloniales que complican la situación y han abonado más especulaciones. Cabello Valboa (2011 [1586], p. 274) dice acerca del pueblo de Olmos: «se están sus naturales con la inclinación y uso de buscar vocablos nuevos y usar de ellos para q[ue] los demás pueblos no los entienda[n]». Esto hace suponer a Torero (1986, p. 544) la existencia de un idioma mixto en Olmos. Añadido a la «modificación de letras y sonidos» mencionada por Calancha (1638, p. 550), podría ser indicio de un caso de «manipulación léxica» (Mous, 2003), si se tratara de una alternancia consciente y deliberada de la forma de algunos morfemas. Una evaluación más atenta, sin embargo, haría puntualizar que una palabra similar con el mochica y dos con el sechura no hacen a la lengua de Olmos un idioma mixto (en particular cuando la comparación afecta a vocabulario de tipo cultural que es más proclive a los préstamos). Adicionalmente, las «modificaciones de letras y sonidos» alegadas por Calancha (1638, p. 550) podrían referirse más a un fenómeno morfofonológico y no a una alteración intencional de elementos léxicos. ²² De hecho, una propiedad fonética del sechura, que es también responsable por la transcripción de las vocales en una de las fuentes, la misma que no se encuentra en la correspondiente posición en otra, ²³ podría

21 «[...] they contract half of their last words, as if they lacked breath to pronounce them» (Cabello Valboa, 2011 [1586], p. 274).

22 El profesor Huertas (1999, pp. 264-280) incluye una extensa lista de vocabulario del tallán y del sechura, en el que se han filtrado algunos términos del quechua o del castellano antiguo (Urban, 2019, p. 100).

23 En Martínez Compañón (1985 [1782-1790]) se registra para el significado de «mujer» el término: <cuctum>. Spruce anota el vocablo: <cucutama> (Urban,

explicar también la observación de Calancha. Incluso asumiendo que fuera certero el reporte de Cabello Valboa sobre el comportamiento lingüístico de los habitantes de Olmos, un uso deliberado por parte de una sociedad bilingüe de vocablos de un idioma que los otros no conocen, no sería entendido o no implicaría que se tratara de un lenguaje secreto o de un idioma mixto.

Además de la evidencia considerada por Cerrón-Palomino y Tórrero hay incluso otras fuentes que proporcionan datos, aunque desafortunadamente desdibujan más el panorama. Al menos podemos mencionar tres de ellos: los nombres de familias migrantes de Sechura hacia Olmos, de acuerdo con la tradición popular; nombres de personas registrados en Olmos; y una petición del siglo XII que realiza un cura que había atendido tanto en Olmos como en Sechura.

Brüning (1989 [1922], pp. 50-51) informa que le dieron referencias de que en un determinado momento del pasado remoto siete familias de Sechura se establecieron en un lugar llamado Cascajal, dos leguas al norte de Olmos. Los nombres de las siete familias reportadas fueron los siguientes: Arroyo, Cornejo, Maco, Papán, Serrato, Monja y Soplouc. Como el propio Brüning anota: «remoto» aquí no quiere decir en una época anterior a la llegada de los españoles, dado que algunas familias migrantes tienen nombres castellanos.²⁴ El nombre Maco aparece como un nombre de mujer en un protocolo de la visita

2019, p. 106; Richard Spruce recopiló en Sechura, en 1864, un listado de treinta y nueve palabras y frases que fueron publicados por Buchwald, 1918). Esta variación en las transcripciones de la misma palabra, donde en la una faltan vocales que están presentes en la otra, indica que muy probablemente se trataba de vocales atónicas, quizá centralizadas a manera de una *schwa*. Es posible que la impresión de Juan y Ulloa, que los hablantes de la lengua de Sechura «comen la mitad de las palabras finales, como si les faltase la respiración para concluir las», esté relacionada con este fenómeno.

24 De ahí que las migraciones de sechuranos a Olmos podrían resultar un dato irrelevante para la interpretación de las fuentes mencionadas, ya que estas pudieron ocurrir en fecha posterior a las obras de Cabello Valboa y Calancha.

de Bernardino de Loayza a Sechura, pero también aparece en el valle de Chicama (Zevallos, 1993a). Esto hace que el nombre no pueda ser indicativo de la procedencia de su propietario e impide la identificación de su filiación idiomática. El nombre Soplopuc parece remitir a varios nombres del área de Sechura con la secuencia *-upu-* que aparecen en la visita de Bernardino de Loayza a Sechura, en 1572, tales como Cupuy, Chupun, Cupuñaque, Tacupus y Pianlupo. De hecho, Lup mismo está atestiguado como apellido en Sechura. Por otro lado, el elemento final *-lupú*, *-lupo*, tal como aparece en el nombre Pianlupo, es en realidad más característico de toda el área de habla tallán; de hecho, Pianlupo es el único nombre con ese elemento registrado en la zona de Sechura. El nombre añade pues otro eslabón de complejidad al problema y así puede indicar una implicación entre los hablantes de lengua tallán.

Siguiendo el hilo del escenario de Olmos como un idioma mixto que podría invocarse con elementos del sechura y del mochica, Carrera (1644) menciona que el mochica era hablado en Copis, un lugar que estaba anexo a Olmos en la administración española. En cualquier caso, topónimos locales como Sarrapón y Chillarmique apoyan con fuerza una presencia mochica en la región. También, algunos nombres de Olmos dan indicio de la hipótesis de que en Olmos había presencia de hablantes del mochica: Nuque y Uslon, por ejemplo, están atestiguados también en el área mochica (Zevallos, 1989, p. 114; 1993).

Finalmente, una petición de Bartolomé Ramírez, cura doctrinero de Sechura, fechada en 1632 y dirigida a la Audiencia de Lima, es potencialmente relevante para la cuestión, ya que de hecho aporta indirectamente la existencia de alguna relación lingüística entre Olmos y Sechura (y no con el tallán). El documento se conserva en el Archivo General de Indias en Sevilla²⁵ y en este, Ramírez, que había nacido en España, solicita permiso al tribunal limeño para retornar a su patria,

25 Referencia documental: AGI, Lima, 229, N. 16.

luego de haber trabajado en los pueblos indígenas del Perú. Por su propia cuenta, Ramírez sirvió por más de diez años en la parroquia de Olmos y luego fue trasladado a Sechura, en el corregimiento de Paita. Ramírez establece que él estaba versado en el lenguaje de ese corregimiento, refiriéndose al parecer a Paita, para indicar que reunía las condiciones usualmente requeridas. El doctor don Andrés Téllez de Cabrera, relator de la real audiencia, añade que Ramírez tradujo el catecismo cristiano al lenguaje de Olmos, algo que no se había hecho antes porque la lengua era «corta y difícil».²⁶ Ramírez entonces habría aprendido a hablar (una de) la(s) lengua(s) de Olmos. Cristóbal Velázquez, corregidor y depositario general de Piura, dice que Ramírez era transferido a Sechura y sabía la lengua de los indios. Esto parece sugerir que entonces conocía también el idioma de Sechura. Aunque de todo ello no se desprende necesariamente que los idiomas de Olmos y de Sechura fueran idénticos (Ramírez podría haber aprendido a lo largo de su trayectoria dos idiomas diferentes, uno en cada población), el documento parece sugerir que Ramírez fue trasladado a Sechura precisamente porque había adquirido previamente habilidad suficiente para hablarlo.

Considerando que cualquier interpretación respecto de la situación debe basarse en buena parte no en datos léxicos sino en observaciones accidentales, parece mejor no comprometer ninguna especulación respecto de la lengua de Olmos más allá de afirmar que: (1) probablemente hablantes de lengua mochica y de Sechura vivían en la región en tiempos históricos, y (2) la evidencia lingüística dispersa que aporta Brüning y la que se desprende de documentos coloniales no prestan sustento a la interpretación de que el idioma de Olmos fuera completamente distinto de uno o de otro. El más claro testimonio que

26 «[...] mediante su cuidado y trabajo tredujo o tradujo el chatismo y dotrina xpna en la lengua de los indios del dho pueblo de olmoss que no la avia por ser muy corta y difícil».

disiente en este aspecto es la referencia que hace el obispo de Trujillo, en 1651, de que Olmos tenía un lenguaje particular. En cualquier caso, es razonable asumir una cercana coexistencia del mochica y uno o más idiomas de la costa norte en la región de Olmos en tiempos coloniales.

MOCHICA-QUINGNAM

Respecto al límite sur del mochica, hay unos leves desacuerdos entre las fuentes coloniales que son reveladores: el lugar más al sur donde se hablaba mochica, de acuerdo con un documento temprano publicado por Josefina Ramos Cabredo (1950), era el valle de Jequetepeque. Carrera (1644), sin embargo, menciona que el mochica se hablaba también en Santiago y Magdalena de Cao. Torero (1986, pp. 535-536) y, basado en este, Cerrón-Palomino (2004, p. 86) concluyen que efectivamente la región entre Jequetepeque y el valle de Chicama, que dibuja en la pampa de Paján un antiguo límite entre las culturas costeñas, fue un espacio en donde se hablaban dos lenguas: mochica y quingnam.²⁷ De acuerdo a Netherly (2009, p. 140), las dos lenguas se superpusieron en dos lugares específicos, concretamente el litoral norteño del valle de Chicama (Paján y Chocope), y en el litoral sur del valle de Jequetepeque.²⁸ Salas (2010, pp. 107-112; 2012, p. 24) sugiere que hubo también hablantes de mochica en el valle de Moche, zona que habría sido, según su opinión, igualmente bilingüe.²⁹ La evidencia para este extremo es, sin embargo, demasiado circunstancial y no basta para demostrarlo más allá de cualquier duda. Por ejemplo, la existencia

27 Es interesante notar en este contexto que las mismas tierras en el valle de Chicama fueron denominadas Aracena (o Arcsena) y Payalquip, en un documento de 1592 (Zevallos, 1992, p. 58). Dado que la zona tuvo los dos idiomas, quizás no es del todo disparatado asumir que uno de ellos es el nombre mochica y el otro su equivalente en quingnam.

28 Véase Salas (2010) para una revisión detallada de las fuentes coloniales.

29 En un trabajo anterior, Harrington (1945, p. 25) situaba el centro de la población mochica en el valle de Moche.

de un canal de irrigación llamado «la Mochica» en un valle llamado Moche, en el cual también se ubica una ciudad llamada Moche, no es evidencia suficiente para afirmar la presencia del idioma mochica.³⁰

Por otro lado, topónimos —como Guaninique, tierras que pertenecían en 1593 a don Cristóbal Saguanchi Munao, cacique de Moche (Zevallos, 1993b, p. 37) y ubicado, evidentemente, en el valle de Moche— muestran claramente la característica terminación mochica *-nique*. Esto subraya la necesidad de estudios más detallados sobre las fronteras lingüísticas entre mochica y quingnam, y una consideración precisa de las condiciones sociolingüísticas que van más allá de la evaluación de fuentes etnohistóricas.

Más generalmente, es una cuestión todavía abierta si existieron de hecho hablantes bilingües de mochica y quingnam en la zona de superposición, como Salas García insinúa. Netherly (2009, p. 140), por ejemplo, sugiere que esto no era así y que el mochica y el quingnam formaban comunidades separadas una de otra.

El perfil de esta zona de frontera lingüística es también reconocible por la diferente estructura de los topónimos que dejaron ambos idiomas en el paisaje de los valles y desiertos de la costa norte. Torero (1986, p. 541) advierte la presencia de las letras <f> y <rr>, y la ausencia de secuencias ortográficas interpretables como [w] en Lambayeque, que, por inferencia, responderían a la fonética mochica. Al contrario, <f> y <rr> están ausentes en el área al sur de Chicama, donde se presentan varios nombres que presentan el sonido [w]. Cerrón-Palomino (1995, pp. 39-40) considera la presencia o ausencia de [w] como un criterio central para establecer la distinción entre las zonas toponímicas asociadas con el mochica y el quingnam. Sin embargo, este criterio solo permite atribuir al quingnam topónimos en [w], y no permite obtener ninguna información acerca de su origen cuando

30 Véase Urban (2015b, pp. 185-188) sobre una supuesta etimología de Pongmassa como «guanábana o chirimoya de piedra», también aducido por Salas (2012).

los nombres no presentan ese sonido. Recientes aportes sobre la frontera mochica-quinngnam vienen a señalar una marcada diferencia de las estructuras idiomáticas por inferencia de nombres de persona o lugar (Adelaar, 1999, p. 212), como la nómina de reyes de Naimlap, para Lambayeque, o la relación de soberanos de Trujillo que aparecen en un documento anónimo de 1604 (Cerrón-Palomino, 1995, p. 46). Pese a que en principio no constituye un error, estas distinciones son algo exageradas, dado que tales documentos presentan diversas dificultades cuando se intenta asignar un origen a cada topónimo en particular.

QUINGNAM

De todos los idiomas de la franja costera cuya existencia se da por evidente, el quingnam es la lengua menos conocida. De hecho, es complicado saber con un razonable nivel de seguridad siquiera los lugares donde se hablaba. El límite sur del quingnam y toda la situación idiomática en la costa central de Perú, a la llegada de los españoles, es especialmente difícil de determinar. Una postura bastante conservadora señalaría el valle de Nepeña (véase figura 1) como el límite sur del quingnam, en las tierras de San Sebastián de Enepeña donde Mogrovejo (2006 [1593-1605], p. 434) reportaba la lengua pescadora.³¹ Más al sur, en Quisquis, Llaután, San Francisco de Parquin, Casma Alta y Baja, y Huarmey, Mogrovejo identificaba «yunga». Salas (2010, p. 115) infiere que «yunga» refiere a la lengua quingnam. Sin embargo, la identidad de esta lengua «yunga» no es clara, y las designaciones de «yunga» y «pescadora» siguen siendo elusivas por la misma alternancia con que se emplean en esta fuente.

Salas (2010, pp. 112-114) también aduce evidencias de las fuentes etnohistóricas para apoyar la idea de continuidad lingüística entre la

31 Torero (1986, p. 529) ubicaba este límite en el valle de Santa (véase, también, Salas García, 2010, p. 104), porque la edición completa de los diarios de Mogrovejo, que menciona la pescadora en Nepeña, recién se dieron a conocer en 2006.

costa norte sureña y la costa central: un cierto Cristóbal de Casma y un tal Cristóbal Gutiérrez, «yanacona alguacil» de Huaura, hicieron de intérpretes para un testigo del valle de Moche en un proceso del siglo XVI (Zevallos, 1994). De ahí que Salas asume que esos lugares compartían un idioma, el quingnam. Sin embargo, es importante apuntalar que hay una particular relación entre la costa norte y Huaura, documentada por María Rostworowski (1978, pp. 125-129): un documento legal del año 1549 menciona un grupo de «mochicas», que luego se señalan como «trujillanos», como vecinos del valle de Huaura. Así, pues, la existencia de una persona en Huaura, que podría traducir como intérprete en el valle de Moche, no necesariamente indica que el quingnam fuese el idioma original de Huaura.³² Por otro lado, la posible presencia del mochica entre las gentes de la costa central permitiría explicar mejor los reportes de Mogrovejo sobre una lengua «yunga» en esos lugares, dado que suele referirse al mochica, y no al quingnam, con este término. Por último, dado que los testigos del proceso aludido pertenecían a la nobleza local, que habían sido obligados a aprender quechua (Cerrón-Palomino, 1989), cabe la posibilidad de que el idioma que tenían que interpretar no fuera otro que el quechua costeño.

Otras evaluaciones de las fuentes coloniales han sugerido que tal vez una franja más extensa de la costa, abarcando incluso la región de Lima, era hablante de quingnam. Sin embargo, todas ellas están influidas por descripciones de la expansión del estado Chimú (Salas, 2010, p. 120), cuya lengua supuestamente era el quingnam. La arqueología ha determinado que Manchán, en el valle de Casma, pudo ser el centro más sureño del control que ejercía Chimor en la región. Adicionalmente, es difícil imaginar que durante el breve periodo que Chimor

32 Algunos naturales de Huaura figuran en el testamento de don Luis de Colán (Rostworowski, 1989, p. 195), pero apellidos como «Colupú» indican para ellos un origen norteño, dado que la terminación *-upú* corresponde a nombres del área tallán. Ello podría deberse, nuevamente, a reasentamientos de población a lo largo de la costa.

tuvo el dominio del área de Lima (si tal cosa llegó a existir como tal), los dominadores habrían logrado introducir el quingnam y extirpar los idiomas locales previos, algo que ni siquiera intentaron hacer en las regiones norteñas más próximas, donde el mochica permanecía vigoroso.

Una cuestión todavía no explorada sistemáticamente podría abrirse camino en la exploración y comparación sistemática y detallada de los topónimos y antropónimos. Al respecto, es bien conocido que algunos nombres de lugares y apellidos de Huaura y Chillón no pueden ser asignados a los idiomas quechua, aimara o mochica (Cerrón-Palomino, 2010, pp. 256-257).

IDIOMAS VECINOS

Al inicio de la conquista española, no solamente la costa norte del Perú presentaba una situación lingüística comparativamente compleja, sino también el litoral más al norte y al sur, y las tierras altas de todo ese espacio. Es todo un panorama que necesita ser reconstruido: la extinción de los idiomas de la costa norte, desafortunadamente, no fue una excepción en las áreas adyacentes que sufrieron el mismo destino.

Lo que sorprende más respecto de la geografía lingüística norperuana es el alto porcentaje de lenguas aisladas (Aikhenvald, 2007), especialmente cuando se compara con el extenso espacio cubierto por las familias lingüísticas del quechua y el aimara. El contraste entre esta diversidad genealógica frente a la homogeneidad del centro-sur es marcado. Seguramente en un considerable número de casos, la imposibilidad de descubrir las relaciones externas de las lenguas norteñas se debe al extremadamente pobre estado de la documentación. En ocasiones, relaciones idiomáticas de poca profundidad temporal son discernibles con relativa seguridad, incluso contando con datos escasos y mal transcritos; con más frecuencia, en cambio, las oportunidades de

reconocer algún parentesco, con la misma cantidad y calidad de datos, disminuyen drásticamente si los idiomas no muestran una relación estrecha. Es imposible anticipar qué podríamos descubrir respecto de las relaciones externas de los idiomas de la costa norte peruana si dispusiéramos de más y mejor información.

Comienzo aquí una presentación más detallada sobre la situación en las serranías adyacentes a la costa norte y después consideraré los idiomas vecinos más al norte y al sur del territorio. Las variedades del quechua del área más próxima al quingnam, en la sierra de Áncash, habrían presentado características del quechua de Huaylas-Conchucos (un dialecto de quechua I). Dependiendo de qué tan al sur se extendió realmente el quingnam y dependiendo de la disputada cuestión de la existencia de una variedad costeña del quechua (véase Itier, 2013), es posible que hubiera tenido contacto también con una variedad del quechua II en el sur.

Más al norte, el límite lingüístico señalado por el valle de Chicama, que separaba mochica y quingnam, se prolongaba hacia las tierras altas. Al sur del Chicama, por las provincias andinas de La Libertad, donde se ubicaban las cuencas altas de los ríos Moche, Virú, Chao y Santa, se extendía el dominio de la lengua culle (véase figura 1). Típicos topónimos culle terminados en *-bal* se localizan muy cerca de la costa en esta área (Adelaar, 1988, p. 123). El culle fue una vez hablado también en el sur de Cajamarca, al menos en la provincia de Cajabamba. También se habló en Pallasca, provincia de Áncash, extendiéndose hacia el oriente alcanzando las riberas del Marañón (Adelaar, 1988, p. 121). El culle probablemente se extinguió finalmente a inicios del siglo XX. La documentación se reduce a dos listas de vocabulario, una en Martínez Compañón (1985 [1782-1790]), y la otra recogida por un presbítero de la zona (Rivet, 1949). Aparte de eso, se cuenta con alguna información posterior y el análisis de la toponimia ha dado algunos frutos pese a lo limitado del material (Adelaar, 1988; Andrade, 2010).

Todavía más al este, hablantes de otros tres idiomas también extintos —el chacha, el jibito y el cholón— habrían ocupado las estribaciones orientales de los Andes. El chacha sería una lengua indocumentada, excepto por la presencia de una onomástica local (Taylor, 1990). Para el jibito se cuenta con dos listas de palabras, y para el cholón existe una gramática colonial que ha sido analizada exhaustivamente por Alexander-Bakkerus (2005). Jolkesky (2016, p. 241) y Urban (por aparecer) han propuesto algunas etimologías para topónimos de Chachapoyas a partir del material conservado de la lengua cholona, y sugieren que los tres idiomas podrían haber estado emparentados.

Más al norte del valle de Chicama, otro vecindario de los idiomas costeros ha podido ser detectado gracias a los análisis toponímicos llevados a cabo por Alfredo Torero (1989, pp. 229-234). En ausencia de algún nombre conocido, Torero (1989) llamó idioma «den» al que mostraba abundante toponimia con la terminación *-den* (y variantes *-don*, *-ten* y *-ton*). El área central de tales topónimos se encuentra en la parte occidental de los Andes en el alto Jequetepeque y en el valle alto de Chicama, en la provincia de Contumazá (departamento de Cajamarca), pero el idioma habría estado presente alguna vez también en la parte alta de los valles de Zaña y en Lambayeque, más al norte (véase figura 1). Espinosa (1977) recupera tres vocablos no castellanos de una relación colonial elaborada en Contumazá: <nus> ‘señora’, <los-que> ‘muchacha’ y <mizo> ‘empleada’ (véanse Torero, 1989, p. 232; Adelaar y Muysken, 2004, p. 404). Los últimos dos podrían constituir unas muestras aisladas de categorías sociales presentes en el idioma den en el quechua local, o tal vez podrían haber pertenecido a algún otro lenguaje todavía vivo en el tiempo en que se escribió la relación. Topónimos híbridos, con raíces léxicas quechuas y la terminación *-den* (Andrade, 2010, p. 174), muestran que el den todavía se hablaba durante la expansión quechua ocurrida, según Adelaar (2012), en torno al año 900, como mínimo. Partes del área del idioma den, pero también zonas que habrían sido originariamente del idioma chacha, aparecen

superponiéndose con otra gran área toponímica caracterizada por la terminación *-cat* (que tiene muchas variantes como *-cate*, *-gat*, *-gate*). En Urban (por aparecer) trato de buscar un caso para la afiliación del idioma o idiomas que formaron parte de esas áreas toponímicas con el cholón y el chacha. El idioma indígena hablado ahora en la sierra más cercana a la costa y más próxima al corazón de la zona mochica, aunque ya reducida a pequeñas áreas discontinuas, es el quechua de Ferreñafe o Cañaris (una variedad clasificada como perteneciente al controversial grupo quechua IIA).

Respecto a la sierra de Piura, Hocquenghem (1989, pp. 48-49) sostiene que los guayacundos, un grupo étnico atestiguado por la etnohistoria como habitantes de las provincias de Ayabaca y Huancabamba, estuvieron vinculados cultural y también lingüísticamente, aunque no de manera directa, con los jíbaros.³³ El trasfondo de la teoría de Hocquenghem es que hay datos que indican una extensión mayor de los distintos grupos de habla jíbara en las regiones andinas del sur del Ecuador. Estos indicios incluyen la toponimia, por ejemplo, las terminaciones *-nam(a)*, *-num(a)* que representan un marcador locativo en jíbaro (Taylor, 1991, p. 446), que se encuentran extensamente en los Andes al sur del Ecuador (véase también Gnerre, 1975; Buchwald, 1918, p. 230).³⁴ Una conexión jíbara para el idioma palta, una vez hablado en lo que es ahora la provincia ecuatoriana de Loja, y

33 Espinoza (2004, p. 137) reitera la idea de conexión jíbara (o al menos de fuerte influjo) y asocia a los guayacundos todavía más allá con el idioma «cat» de Torero (1989, pp. 234-238). Es cierto que Torero registra casos aislados de topónimos con terminación *-cat* (o variantes) en las provincias de Ayabaca y Huancabamba en Piura, pero el área central del «cat» se ubica mucho más al sur en los departamentos de Lambayeque y La Libertad y regiones adyacentes. Además, la terminación *-cat* no es indicativa de asociación alguna con el jíbaro, si tomamos en cuenta los elementos típicos de la toponimia de los jíbaros (Gnerre, 1975, p. 80). Más bien las lenguas den y cat podrían estar emparentados con el cholón, una hipótesis que se apoya en algunas evidencias consistentes (Urban, por aparecer).

34 Torero (1993, p. 458) asume que la terminación significaba ‘agua’. Sin embargo, un significado relacionado con agua (para referir ‘río’), es solo atestiguado en el

documentada solamente con cuatro palabras, es posible (Gnerre, 1975; Taylor, 1991, pp. 445-446; Torero, 1993, pp. 456-459). Las fuentes etnohistóricas mencionan que el idioma de los paltas y de los malacatos, grupos de la sierra surecuatoriana, eran mutuamente inteligibles, y que el territorio que ellos habitaban se llamaba «Xíbaro» (Taylor y Descola, 1981, p. 18), hecho que adicionalmente avala la conexión lingüística. Hocquenghem (1989, pp. 45-48) advierte que los guayacundos de Piura aparecen mencionados con frecuencia junto con los calvas, una población del sur del Ecuador. Ahora bien, Cieza de León (2005 [1553], p. 164) reporta que los calvas difieren de los paltas solamente a través de los tocados de su cabeza. Entonces, Hocquenghem concluye que los guayacundos de la sierra de Piura serían el grupo más meridional de los jíbaros.³⁵ Sin embargo, lo cierto es que, en el periodo colonial, las sierras de Piura, con excepción de los hablantes mochicas del Alto Piura, eran al parecer todos hablantes de quechua. Además, como puntualiza Anne-Christine Taylor (1990, p. 271; 1991, p. 450), las áreas donde Hocquenghem señala grupos representativos de filiación jíbara no presentan evidencia de toponimia de ese origen. Al menos en lo relativo a la realidad lingüística, la teoría jíbara de Hocquenghem, pues, no tiene sustento suficiente.

Respecto al extremo norte de la costa se desconoce completamente el lenguaje que se habló en la región de Tumbes, aunque se ha sugerido que sus habitantes en los tiempos históricos fueron de etnia cañar (Bruhns, 1994, p. 281). Algunos tumbesinos debieron hablar una

aguaruna moderno, un idioma jíbaro. Términos relacionados significan ‘pez’ en otros idiomas (Adelaar y Muysken, 2004, p. 397).

35 Hocquenghem (1998, p. 182) también arguye una afiliación «protojíbara» para los vicús y señala intensas relaciones de los guayacundos con las sociedades de los Andes centrales como los huari y los cajamarcas, así como con sociedades estatales costeñas como Moche, Sicán o Chimú en su respectivo florecimiento, desde el Intermedio Temprano al Intermedio Tardío. Esto, de acuerdo con su perspectiva, permitió una «andinización» de los guayacundos, que los habría diferenciado de otros grupos jíbaros, incluidos los paltas.

variedad de quechua al menos como segundo idioma al tiempo de la llegada de los europeos, siempre que fuera cierto, como señala la crónica de Cieza de León (1998 [1553], p. 126), que Francisco Pizarro reclutó a su famoso intérprete Felipillo allí. La situación de la documentación sobre las lenguas más al norte no es mejor. Se desconoce qué idiomas fueron hablados alguna vez en la isla de Puná, y tampoco se tiene evidencia del idioma del importante señorío ecuatoriano de Manta, así como no se cuenta con datos del idioma quillacinga, mencionado por López de Solís (1596). Otros idiomas de la región fueron el huancauilca y el idioma de los chonos, que había sido el antecesor del actual idioma tsáchila (colorado) (Newson, 1995, p. 75). La última referencia a lenguajes indígenas del área de Puerto Viejo encontrado por Arauz (2000, p. 116) se remonta a 1605, cuando la población ya era mayoritariamente bilingüe y se podía comunicar perfectamente en castellano. El documento sugiere una situación de gran diversidad lingüística:

En cada pueblo y aun en algunos de cada parcialidad, hablan los indios lengua diferente, propia y antigua de aquel lugar; no usan la lengua común ni la del Inga ni otra; la que saben ya casi todos y corre en general, es la castellana.³⁶

El siguiente idioma costeño que cuenta con alguna documentación de su existencia es el esmeraldeño, que también se conoce a veces como tacames o atacame y que se extinguió en la provincia ecuatoriana de Esmeraldas. Comenzando por Seler (1902, pp. 62-63) y terminando con Kaufman y Berlin (1994, p. 622), se ha sugerido una conexión entre este idioma y el yaruro hablado en las tierras bajas del occidente venezolano, pero esta hipótesis nunca se ha podido demostrar. Hoy, Esmeraldas es el hogar del cha'palaa (también llamado idioma chachi o cayapa). Debido a que pertenece a la familia barbacoa, el cha'palaa está vinculado lingüísticamente a las tierras altas de Ecuador y del sur

36 Anónimo (1868 [1605], p. 260).

de Colombia, donde se conservan otros idiomas de esa familia. Las tradiciones orales de la zona sugieren que hubo una migración desde esas tierras, aunque se desconoce si tienen un trasfondo histórico y, si fuese así, cuándo se produjo (Floyd, 2010, p. 4). Finalmente, las regiones costeras de Colombia están ocupadas por hablantes de los idiomas chocó, en concreto el waunana y el emberá, que en realidad es una serie de dialectos bien diferenciados o idiomas cercanamente relacionados (Aguirre, 2006).

Igual que resulta más difícil establecer el límite sureño del quingnam, también es bastante complicado identificar el vecindario lingüístico más al sur. Cobo (1882 [1639], pp. 41-42) menciona una frontera lingüística en Carabayllo, indicando un idioma que se hablaba desde ahí a Chancay y mucho más hacia el norte, y otro que desde Carabayllo se hablaba hacia el sur hasta Pachacamac. Rivet (1949, p. 11) y Cerrón-Palomino (1990, p. 339) identifican que el lenguaje que se extendía hacia el norte era el quingnam, mientras que el otro habría sido una extinta variedad del quechua. En 1649, Diego de Molina (Romero, 1928) habla de un idioma en el valle de Lima que era diferente del quechua. Es posible que también se refería al quingnam o tal vez a otro lenguaje costeño del que todavía no se tiene noticia. En cualquier caso, no se descarta la posibilidad de que existiera un idioma local o una variedad de los idiomas aimaras en la costa centro-sur (Cerrón-Palomino, 2010).³⁷ Adicionalmente, el idioma puquina, una vez extendido por

37 Excavaciones arqueológicas en el norte chico (Shady, 2008; Shady et al., 2001) revelaron arquitectura monumental que sugiere un alto nivel de organización política en un periodo muy cercano, anterior al desarrollo de la cerámica. Torero (2002, pp. 44-45) planteó que esas antiguas civilizaciones costeñas podían estar asociadas a un precursor muy temprano del quechua (el «paleoquechua»). Ruth Shady (2003, p. 110) adopta de inmediato este cuestionable aserto. De hecho, la situación lingüística en la costa central, durante el periodo precerámico, solo puede ser materia de especulación, por la imposibilidad de tener registros escritos en combinación con el enorme lapso temporal que lo separa del presente. Palabras quechuas en el español local (Gálvez, 2003) no son evidencia para una

el sur del Perú, estuvo también presente en el flanco occidental de los Andes en el área de Moquegua, probablemente hasta la costa del Pacífico (Torero, 1987). En las áreas de Arica e Iquique, en el norte de Chile, también había hablantes de puquina (Cerrón-Palomino, 2010, p. 258), así como población de los colis de Arequipa (Julien, 1979; Torero, 1987, p. 344). El aimara y el puquina deben haber coexistido durante el Intermedio Tardío, para ser absorbidos por el quechua durante el horizonte tardío (Cerrón-Palomino, 2010). El siguiente idioma costeño en el norte de Chile es el chango, del que no se conoce nada aparte de algunos nombres familiares que sugieren una relación histórica con la población de los uros en el altiplano (Wachtel, 1990, pp. 599-600; Adelaar, comunicación personal). Si todo esto es así, la situación lingüística del sur costeño peruano es totalmente diferente del norteño. Mientras el primero conoció la extensión de los idiomas andinos hacia la costa, en este último espacio hay diversas fronteras idiomáticas claramente reconocibles, aunque con seguridad permeables y dinámicas, que envuelven idiomas más localizados con una presencia del quechua condicionada por factores sociolingüísticos.

Otros idiomas hablados originariamente en el norte de Chile y Argentina son el diaguita (o cacán) y el atacameño (kunza o lican antay). No se ha conservado documentación referida al diaguita, aunque se dispone de algún material léxico y de topónimos, reunidos y analizados por Nardi (1979). El atacameño, en cambio, está bien documentado en lo que respecta al léxico (véase Vaïse et al., 1896), pero gran parte de su gramática permanece desconocida. A pesar del amplio material léxico, el atacameño se muestra como un idioma aislado genéticamente. Todavía más al sur en la costa de Chile comienza un área más homogénea lingüísticamente. Es el dominio del mapudungun

asociación considerando esta condición temporal. En definitiva, no hay una sólida razón para defender la idea de Torero por la que asocia el quechua con Caral (véanse también Adelaar, 2010, p. 251; Cerrón-Palomino, 2010, p. 274).

o mapuche, una lengua aislada que todavía se habla y está muy bien documentada tanto en su léxico como en su gramática (Augusta, 1916; Salas, 1992; Smeets, 2008; Zúñiga, 2000).

LA PRESENCIA DEL QUECHUA

La expansión del quechua debió haber alcanzado la costa norte relativamente tarde, probablemente apenas luego de que los desiertos costeros hubieran quedado incorporados al estado incaico y solo unas pocas décadas antes de la llegada de los españoles. Igual que la presencia inca todavía es pobremente visible en la arqueología norteña, así también la naturaleza precisa de la presencia de su lenguaje todavía es poco conocida, y sería necesario acometer más investigaciones a partir de las fuentes etnohistóricas para entender tanto la sociolingüística de la llegada del quechua como las exactas características de la variedad que se habló en la región. Algunas de esas observaciones pueden resumirse aquí.

Los documentos respecto al tema son usualmente breves y varían. Martín de Murúa (2005, p. 311v) afirma sobre la gente de la costa norte que «por la mayor parte hablan y entienden la lengua quichua y general quel ynga les dio». Por otro lado, Lizárraga (1968 [1605], p. 13) señala que unos pocos habitantes del valle de Chicama hablaban quechua. El testimonio más matizado proviene de Agustín de Zárate (1968 [1555], p. 10), quien advierte que la nobleza local de la costa norte tenía conocimiento del quechua todavía a mediados del siglo XVI y, lo que es más importante, hablaban en quechua entre ellos. De ese modo, la introducción del quechua en la región habría incidido primariamente en las élites locales, funcionarios y comerciantes (Cerrón-Palomino, 1989, p. 49), de acuerdo con la política lingüística de los incas. Las diferencias sociolingüísticas en el uso del quechua pueden explicar, al menos parcialmente, las diferentes versiones de los cronistas. Por otro

lado, la información de Melchor de Morales, que recibió el beneficio de la doctrina del repartimiento de Sechura y partes de lo que era el repartimiento de Catacaos en 1578, establece que «la lengua general de los yn[dí]os» era empleada para enseñar el catecismo a la población indígena (Elías Lequernaqué, 2008, p. 31). Dado que el término «lengua general» hace referencia usualmente al quechua, es posible que en el siglo XVI los sechuranos fueran bilingües en ese idioma.³⁸ Otro indicio relevante que sugiere la existencia de bilingüismo en el extremo norte es el mismo desempeño de Felipillo, el indígena intérprete que acompañó a Francisco Pizarro durante una buena parte de la conquista. Señala el recuento del cronista mestizo Garcilaso de la Vega (1829, vol. 3, p. 410) que Felipillo era originario de la isla de Puná, pero había aprendido el quechua durante una estadía en Tumbes de personas que lo habían aprendido. Finalmente, es difícil imaginar cómo los «tallanas yungas» (Legnani, 2005, pp. 77-78) podrían haber informado a Manco Inca Yupanqui en Cusco acerca de la llegada de los invasores hispanos sin algún conocimiento del quechua.

Otro importante aspecto de la presencia del quechua en la costa norte es que, al menos luego de la conquista española, hubo población indígena en la región que hablaban quechua pero no el idioma indígena local. Esto se muestra en el protocolo de 1613 sobre un conflicto legal en Piura sacado a la luz por Lorenzo Huertas (1995, p. 107), donde se menciona a diferentes intérpretes para tallán y quechua que fueron convocados para el proceso, y uno de ellos debió ser llamado, según su propio testimonio, desde el lejano Chachapoyas.

38 Aunque nótese que el mochica («mossica») era considerada una lengua general por el virrey Francisco de Toledo, activo entre 1569-1581 (López, 1889, p. 549).

LA PRESENCIA DEL CULLE

Hay evidencia toponímica de la presencia de hablantes de otro idioma que se ubicaba en el centro de las sierras norperuanas: el culle. Los nombres de las salinas de Colpabal (Huertas, 1995, p. 66) y de Bayobal (hoy Bayóvar) (Huertas, 1999, p. 75), con su característica terminación *-bal*, sugieren una presencia del culle en el área de Sechura en algún momento del pasado. Torero (1989, p. 226) sugiere un significado de ‘llanura’, ‘planicie’, para el elemento *-bal* en los topónimos culles. El primer elemento del topónimo Colpabal es una palabra de origen quechua: en Áncash *qullpa* ~ *qollpa* ‘alumbre, tierra salitrosa que lamen los animales’ (Carranza Romero, 1993, p. 186), *qolpa* ‘salina’ (Parker y Chávez, 1976, p. 143); en Ayacucho-Chanca *qollpa* ‘salitre, tierra salitrosa’ (Soto, 1976, p. 95); en Cusco-Collao *qollpa* ‘salitrera’ (Hornberger y Hornberger, 1978, p. 188). Términos semejantes, en apariencia híbridos entre quechua y culle, no son raros en la región, y la semántica de ambos elementos corresponden con el lugar designado. Sin embargo, Sechura se encuentra a unos trecientos kilómetros del «corazón» de lo que se considera habría sido el área de dominio del idioma culle, al sureste de la península de Illescas. Topónimos relevantes no solo pueden hallarse en el extremo norte: hay un lugar llamado Huabal, en el valle bajo de Chicama, y un Choroval, en el valle bajo del Moche. Similares nombres aparecen en el área de Celendín, en el departamento de Cajamarca, y en las orillas del río Marañón, en el límite de la región que separa hoy los departamentos de La Libertad y Huánuco (Torero, 1989, p. 227).

Chimor fue un aliado para los señoríos del área de Cajamarca en la prehistoria tardía y las emulaciones del estilo Cajamarca en la cerámica sugiere la posibilidad de colonias de población andina en la costa, incluso en épocas más tempranas (Shimada, 1982). El valle de Jequetepeque sirvió como la principal ruta de intercambio entre la costa y la sierra norteñas desde mucho tiempo atrás. El testimonio de

la toponimia culle en la costa podría ser interpretado como un signo de la interacción costa-sierra por motivaciones económicas, no necesariamente como reasentamientos en tiempos incaicos o coloniales. Análogamente, lo mismo podría decirse respecto de la presencia de hablantes de mochica en los Andes.

REFERENCIAS

- ADELAAR, W. F. H. (1988). Search for the Culli Language. En: M. Jansen, P. van der Loo y R. Manning (eds.). *Continuity and Identity in Native America. Essays in Honor of Benedikt Hartmann*. Leiden: Brill, pp. 111-131.
- ADELAAR, W. F. H. (2004). The Mochica Language. En: W. Adelaar, con la colaboración de P. C. Muysken. *The Languages of the Andes*. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 319-350.
- ADELAAR, W. F. H. (2007). The Importance of Toponymy, Family Names and Historical Documentation for the Study of Disappearing and Recently Extinct Languages in the Andean Region. En: W. L. Wetzels (ed.). *Language Endangerment and Endangered Languages. Linguistic and Anthropological Studies with Special Emphasis on the Languages and Cultures of the Andean-Amazonian Border Area*. Leiden: Research School of Asian, African and Amerindian Studies, pp. 325-331.
- ADELAAR, W. F. H. (2012). Cajamarca Quechua and the Expansion of the Huari State. En: P. Heggarty y D. Beresford-Jones (eds.). *Archaeology and Language in the Andes. A Cross-Disciplinary Exploration of Prehistory*. Oxford: Oxford University Press, pp. 197-217.
- AGUIRRE LICHT, D. (2006). Choco Languages. En: K. Brown y S. Ogilvie (eds.). *Concise Encyclopedia of Languages of the World*. Oxford: Elsevier, pp. 224-238.
- ALEXANDER-BAKKERUS, A. (2005). *Eighteenth-Century Cholón*. Utrecht: LOT.

- ANDRADE CIUDAD, L. (2010). Contactos y fronteras de lenguas en la Cajamarca prehispánica. *Boletín de Arqueología PUCP*, núm. 14, pp. 165-180.
- ANÓNIMO (1868 [ca. 1605]). Descripción de la gobernación de Guayaquil, en lo natural (1). En: L. Torres de Mendoza (ed.). *Colección de documentos inéditos, relativos al descubrimiento, conquista, y organización de las antiguas posesiones españolas de América y Oceanía, sacados de los archivos del reino, y muy especialmente del de Indias*. Volumen 9. Madrid: Frías, pp. 247-276.
- ARAUZ, M. (2000). *Pueblos indios en la costa ecuatoriana. Jipijapa y Montecristi en la segunda mitad del siglo XVIII*. Quito: Abya-Yala.
- ARRIZABALAGA, C. (2008). ¿Un catecismo tallán? La evangelización en lenguas indígenas en Piura a finales del siglo XVI. En: *Evangelización y vida eclesial en Piura. Siglos XVI y XVII*. Piura: Universidad de Piura, pp. 39-66.
- ARRIZABALAGA, C. (2023). *Los nombres de Piura*. Piura: Cortarrama.
- BRUHNS, K. O. (1994). *Ancient South America*. Cambridge: Cambridge University Press.
- BRÜNING, E. (1989 [1922]). *Estudios monográficos del departamento de Lambayeque*. Chiclayo: Sociedad de Investigación de la Ciencia, Cultura y Arte Norteño (Sicán).
- BUCHWALD, Otto von (1918). Migraciones sudamericanas. *Boletín de la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos*, núm. 1, pp. 227-236.
- CARRANZA ROMERO, F. (2003). *Diccionario quechua ancashino - castellano*. Edición de W. Lustig. Frankfurt am Main, Madrid: Vervuert-Iberoamericana.
- CARRERA, F. (1644). *El arte de la lengua yvnga de los valles del obispado de Truxillo del Peru, con vn confessorario, y todas las oraciones christianas, traducidas en la lengua, y otras cosas*. Lima: Joseph Contreras.

- CERRÓN-PALOMINO, R. (1989). Quechua y mochica: lenguas en contacto. *Le-xis*, vol. 13, núm. 1, pp. 47-68.
- CERRÓN-PALOMINO, R. (1990). Reconsideración del llamado «quechua costeño». *Revista Andina*, núm. 2, pp. 335-386.
- CERRÓN-PALOMINO, R. (1995). *La lengua de Naimlap (reconstrucción y obsolescencia del mochica)*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- CERRÓN-PALOMINO, R. (2004). Lenguas de la costa norte peruana. En: Z. Estrada Fernández, A. V. Fernández Garay y A. Álvarez González (eds.). *Estudios en lenguas amerindias: Homenaje a Ken L. Hale*. Hermosillo: Editorial Unison, pp. 81-105.
- CHURCH, W. B. y A. VON HAGEN (2008). Chachapoyas: Cultural Development at an Andean Cloud Forest Crossroads. En: H. Silverman y W. H. Isbell (eds.). *Handbook of South American Archaeology*. Nueva York: Springer, pp. 903-926.
- CIEZA DE LEÓN, P. (2005 [1553]). *Crónica del Perú. El señorío de los Incas*. Edición de F. Pease. Caracas: Fundación Biblioteca Ayacucho.
- COOK, N. D. (1981). *Demographic Collapse. Indian Peru, 1520-1620*. Cambridge: Cambridge University Press.
- ELÍAS LEQUERNAQUÉ, J. P. (2007). Don Sebastián de Colán y Pariña y sus ancestros: caciques de dos pueblos de la costa del corregimiento de Piura (s. XVI-XVII). *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines*, vol. 37, núm. 1, pp. 151-161.
- ELÍAS LEQUERNAQUÉ, J. P. (2008). Piura y su jurisdicción religiosa: siglos XVI y XVII. En: *Evangelización y vida eclesial en Piura. Siglos XVI y XVII*. Piura: Universidad de Piura, pp. 13-37.
- ESPINOZA SORIANO, W. (2004). La etnia Guayacundo en la sierra piurana. *Boletín de Arqueología*, núm. 8, pp. 133-150.
- FLOYD, S. I. (2010). *Discourse Forms and Social Categorization in Cha'palaa*. Tesis de doctorado. Austin: University of Texas at Austin.

- GÁLVEZ ASTORAYME, I. (2003). Evidencias quechuas en el léxico de «cultivo» de Caral-Supe. En: R. Shady y C. Leyva (eds.). *La ciudad sagrada de Caral-Supe: los orígenes de la civilización andina y la formación del estado prístino en el antiguo Perú*. Lima: Instituto Nacional de Cultura, pp. 313-314.
- GNERRE, M. (1975). L'utilizzazione delle fonti documentarie dei secoli XVI e XVII per la storia linguistica Jíbaro. En: E. Cerulli y G. Della Ragione (eds.). *Atti del XL Congresso Internazionale degli Americanisti*. Volumen 3. Génova: Tilgher, pp. 79-86.
- HOCQUENGHEM, Anne-Marie (1989). *Los Guayacundos de Caxas y la sierra piurana, siglos XV y XVI*. Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos.
- HOCQUENGHEM, Anne-Marie (1998). *Para vencer la muerte. Piura y Tumbes. Raíces en el bosque seco y en la selva alta - Horizontes en el Pacífico y en la Amazonía*. Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos.
- HORNBERGER, E. y N. H. HORNBERGER (1978). *Diccionario trilingüe: Quechua of Cusco/English/Spanish. Tri-lingual Dictionary: Quechua de Cusco/Inglés/Español*. Volumen 2: Quechua English, Quechua Español. Cusco: Quechua Community Ministry.
- HUERTAS VALLEJOS, L. (1996). Patrones de asentamiento poblacional en Piura (1532-1850). *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines*, vol. 25, núm. 1, pp. 91-124.
- HUERTAS VALLEJOS, L. (1999). *La costa peruana vista a través de Sechura: espacio, arte y tecnología*. Lima: Universidad Ricardo Palma.
- ITIER, C. (2013). Las bases geográficas de la lengua vehicular del imperio inca. *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines*, vol. 42, núm. 2, pp. 237-260.
- JIMÉNEZ DE LA ESPADA, M. (1965). *Relaciones geográficas de Indias. Perú*. Volumen 2. Madrid: Atlas.
- JULIEN, Catherine Jean (1979). Koli: A Language Spoken on the Peruvian Coast. *Andean Perspective Newsletter*, núm. 3, pp. 5-11.

- KAUFMAN, T. y B. BERLIN (1994). The Native Languages of South America. En: C. Moseley y R. E. Asher (eds.). *Atlas of the World's Languages*. Londres: Routledge, pp. 46-76.
- LANNING, E. P. (1963). A Ceramic Sequence for the Piura and Chira Coast, North Peru. *University of California Publications in American Archaeology and Ethnology*, vol. 46, núm. 2, pp. 135-275.
- LEGNANI, N. D. (ed.) (2005). *Titu Cusi: A 16th Century Account of the Conquest*. Cambridge, MA: David Rockefeller Center for Latin American Studies, Harvard University.
- LÓPEZ, L. (ed.) (1889). El Visorey Francisco de Toledo. En: Marqués de la Fuensanta del Valle, José Sancho Rayon y Francisco de Zadalburu (eds.). *Colección de documentos inéditos para la historia de España*. Volumen 94. Madrid: M. Ginesta Hermanos, pp. 472-525.
- MANNHEIM, B. (1991). *The Language of the Inka Since the European Invasion*. Austin: University of Texas Press.
- MARTÍNEZ COMPANÓN, B. J. (1985 [1782-1790]). *Trujillo del Perú en el siglo XVIII*. Volumen 2. Madrid: Ediciones Cultura Hispánica.
- MOGROVEJO, T. (2006 [1593-1605]). *Libros de visitas de Santo Toribio Mogrovejo (1593-1605)*. Edición de J. A. Benito. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- NETHERLY, P. J. (2009). Landscapes as Metaphor. Resources, Language, and Myths of Dynastic Origin on the Pacific Coast from the Santa Valley (Peru) to Manabí (Ecuador). En: J. J. Christie (ed.). *Landscapes of Origin in the Americas. Creation Narratives Linking Ancient Places and Present Communities*. Tuscaloosa: University of Alabama Press, pp. 123-152.
- PARKER, G. J. y A. CHÁVEZ (1976). *Diccionario quechua: Ancash-Huailas*. Lima: Ministerio de Educación, Instituto de Estudios Peruanos.
- RAMOS CABREDO, J. (1950). Las lenguas en la región Tallanca. *Cuadernos de Estudio del Instituto de Investigaciones Históricas*, vol. 3, núm. 8, pp. 11-55.

- ROMERO, C. A. (1928). Un libro interesante. *Revista Histórica*, vol. 9, núm. 1, pp. 51-87.
- ROSTWOROWSKI DE DIEZ CANSECO, M. (1989). *Costa peruana prehispánica*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- SALAS GARCÍA, J. A. (2010). La lengua pescadora. *Boletín de la Academia Peruana de la Lengua*, núm. 50, pp. 83-128.
- SALAS GARCÍA, J. A. (2012). *Etimologías mochicas*. Lima: Academia Peruana de la Lengua.
- SELER, E. (1902). *Die Sprache der Indianer von Esmeraldas*. En: E. Selser (ed.). *Gesammelte Abhandlungen zur Amerikanischen Sprach- und Alterthums-kunde, vol. 1: Sprachliches. Bilderschriften. Kalender und Hieroglyphen-entzifferung*. Berlín: A. Asher & Co., pp. 49-64.
- SHADY, R. (2003). Sustento socioeconómico del estado prístino de Supe-Perú: las evidencias de Caral Supe. En: R. Shady y C. Leyva (eds.). *La ciudad sagrada de Caral-Supe: los orígenes de la civilización andina y la formación del estado prístino en el antiguo Perú*. Lima: Instituto Nacional de Cultura, pp. 107-122.
- SHADY, R. (2008). America's First City? The Case of Late Archaic Caral. En: W. H. Isbell y H. Silverman (eds.). *Andean Archaeology III: North and South*. Nueva York: Springer, pp. 28-66.
- SHADY, R., J. HAAS y W. CREAMER (2001). Dating Caral, a Preceramic Site in the Supe Valley on the Central Coast of Peru. *Science*, vol. 292, núm. 5517, pp. 723-726.
- SHIMADA, I. (1982). Horizontal Archipelago and Coast-Highland Interaction in North Peru: Archaeological Models. En: L. Millones y H. Tomoeda (eds.). *El hombre y su ambiente en los Andes Centrales*. Osaka: National Museum of Ethnology, pp. 137-210.
- TAYLOR, A. C y P. DESCOLA (1981). El conjunto jívaro en los comienzos de la conquista española del Alto Amazonas. *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines*, vol. 10, núms. 3-4, pp. 7-54.

- TAYLOR, G. (1990). La lengua de los antiguos chachapuyas. En: R. Cerrón-Palomino y G. Solís Fonseca (eds.). *Temas de Lingüística Amerindia. Primer Congreso Nacional de Investigaciones Lingüístico-Filológicas*. Lima: Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, pp. 121-139.
- TORERO, A. (1986). Deslindes lingüísticos en la costa norte peruana. *Revista Andina*, vol. 4, núm. 2, pp. 523-548.
- TORERO, A. (1987). Lenguas y pueblos altiplánicos en torno al siglo XVI. *Revista Andina*, vol. 5, núm. 2, pp. 329-372.
- TORERO, A. (1989). Áreas toponímicas e idiomas en la sierra norte peruana. Un trabajo de recuperación lingüística. *Revista Andina*, vol. 7, núm. 1, pp. 217-257.
- TORERO, A. (1993). Lenguas del nororiente peruano: la hoya de Jaén en el siglo XVI. *Revista Andina*, vol. 11, núm. 2, pp. 447-472.
- URBAN, M. (2015a). El vocabulario sechurano de Richard Spruce. *Lexis*, vol. 39, núm. 2, pp. 395-413.
- URBAN, M. (2015b). The Massa Connection: An Onomastic Link Between the Peruvian North and Far North in a Multidisciplinary Perspective. *Indiana*, núm. 32, pp. 179-203.
- URBAN, M. (2018). *Sprachlandschaften. Über die Rolle von Sprache in der Beziehung zwischen Mensch und Umwelt*. Würzburg: Königshausen & Neumann.
- URBAN, M. (2019). *Lost Languages of the Peruvian North Coast*. Berlín: Ibero-Amerikanisches Institut.
- URBAN, M. (por aparecer). Language Ecologies and Dynamics in the Ancient Central Andes. En: M. Urban (ed.): *The Oxford Guide to the Languages of the Central Andes*. Oxford: Oxford University Press.
- VAÍSE, Emilio F., Félix HOYOS y Aníbal ECHEVERRÍA I REYES (1896). *Glosario de la lengua atacameña*. Santiago: Imprenta Cervantes.

ZÁRATE, A. (1555). *Historia del descubrimiento y conquista del Peru, con las cosas naturales que señaladamente alli se ballan y los sucesos que ha auído*. Amberes: Martín Nucio.

ZEEVALLOS QUIÑONES, J. (1992). *Los cacicazgos de Trujillo*. Trujillo: Fundación Alfredo Pinillos Goicochea.

ZEEVALLOS QUIÑONES, J. (1993a). *Onomástica Chimú*. Trujillo: Fundación Alfredo Pinillos Goicochea.

ZEEVALLOS QUIÑONES, J. (1993b). *Toponimia Chimú*. Trujillo: Fundación Alfredo Pinillos Goicochea.

Fecha de recepción: 6 de febrero de 2024.

Fecha de evaluación: 26 de febrero de 2024.

Fecha de aceptación: 18 de marzo de 2024.

Fecha de publicación: 1 de diciembre de 2024.

